

a desvanecerse ante la realidad. La señora Ives se fué haciendo cada vez más reservada, dejó de llevarme flores, y no volvió a cantar.

Si me hubiesen dicho que había de pasar toda mi vida en la mayor obscuridad y en el seno de aquella solitaria familia, me habría muerto de gozo: el amor sólo necesita la estabilidad para ser al mismo tiempo el Edén antes del pecado y el Hosanna sin fin. Consígase que la belleza dure, que se conserve la juventud, que el corazón no pueda cansarse, y se reproducirá el cielo.

Se acercaba, con gran consternación mía, el momento de despedirme. La víspera del día señalado para mi partida, reinó gran tristeza en la comida. El señor Ives se retiró a los postres, llevándose a su hija, y dejándome lleno de asombro con la señora Ives, que se encontraba visiblemente turbada. Creí que iría a reconvenirme por una inclinación de que yo no le había dicho una palabra, pero que ella podía fácilmente haber descubierto. Me miraba ruborosa y con los ojos bajos, en actitud tan seductora, que seguramente no existe ningún sentimiento que en aquel instante no hubiera podido ella reclamar para sí. Venciendo, por fin, el obstáculo que la impedía hablar, me dijo en inglés: «Caballero, ya ve usted mi confusión; no sé si Carlota le agrada a usted; pero es imposible engañar a una madre; mi hija le tiene indudablemente cariño. Mi esposo y yo hemos conferenciado sobre esto; nos conviene usted por todos conceptos, y creemos que hará usted la felicidad de nuestra hija. Se halla usted sin patria, acaba de perder sus parientes, y han sido vendidos sus bienes; nada, pues, le llama a Francia. Hasta tanto que recoja su herencia, puede vivir con nosotros.»

De todas las aficciones que había yo sufrido hasta entonces, aquella fué la mayor y la más viva. Caí de rodillas a los pies de la señora Ives, y cubrí sus manos de besos y lágrimas. Pensando ella que mi llanto era de júbilo, empezó también a sollozar de gozo, y alargó el brazo para tirar de la campanilla, llamando a voces a su esposo y a su hija. «¡Deténgase usted—exclamé—; estoy casado!» A estas palabras perdió el sentido.

Salí de allí, y sin volver siquiera a mi cuarto, emprendí mi viaje a pie. En Beccles tomé el correo para Londres, después de escribir a la señora Ives una

carta, de la que siento ahora no haber guardado copia.

Quédame de este suceso el recuerdo más dulce, más tierno, más impregnado en sentimientos de gratitud. La familia del señor Ives es la única que me quiso bien y me acogió con verdadero afecto antes de mi celebridad. Pobre, oscuro, proscrito, privado de seducciones y de belleza, me ofrecen un porvenir seguro, una patria, una esposa encantadora, una madre, que hiciera las veces de mi anciana madre, un padre, para reemplazar al padre de que me había privado el Cielo. ¿Y con qué compensaba yo todo esto? En aquella preferencia no podía influir ilusión ninguna, y debo creer que la dictaba el amor. Desde entonces sólo en otra ocasión fui objeto de un afecto bastante elevado para inspirarme igual confianza.

Pasando ahora a otras consideraciones, mi matrimonio con Carlota hubiera alterado completamente mi destino en el mundo: hundido en un condado de la Gran Bretaña, me habría convertido en un *gentleman* cazador, nunca habría brotado una sola palabra de mi pluma, y hasta se me hubiera olvidado mi lengua, porque a la sazón escribía yo en inglés, y en este idioma comenzaban las ideas a presentarse en mi mente. ¿Hubiera perdido mucho mi patria con mi desaparición? Si me fuera dable prescindir de los instantes que me han servido de consuelo, diría que en lugar de los días agitados que me han cabido en suerte, contaría hoy numerosos días de calma. ¿Qué me importarían entonces el Imperio, la Restauración, las divisiones y las luchas de Francia? Nadie me hubiera obligado una y otra vez a paliar faltas, a combatir errores... ¿Será o no cierto que tengo un talento positivo, y que este talento ha merecido el sacrificio de mi vida? ¿Iré más allá de mi tumba? Y si voy, ¿habrá en medio de la transformación que se está verificando, y en un mundo que no es el mío y que piensa en cosas completamente distintas, habrá en ese mundo un público que me oiga? ¿No pasaré por un hombre de otras edades, incomprendible para las generaciones presentes? ¿No serán mis ideas, mis sentimientos y hasta mi estilo, cosas gastadas y envejecidas para la desdeñosa posteridad? ¿Podrá mi sombra decir, como la de Virgilio a Dante: *Poeta fui e cantai*: «fui poeta y canté?...»

VUELTA A LONDRES. — ENCUENTRO EXTRAORDINARIO. — DEFECTO DE MI CARÁCTER.

No encontré mi perdida tranquilidad en Londres, adonde llegué prófugo de mi destino, como un malhechor de su crimen. ¡Cuán doloroso debió ser, para una familia tan digna de mis homenajes, de mi respeto y de mi gratitud, recibir aquella especie de desaire del hombre desconocido a quien había ella acogido y franqueado nuevos hogares, con una sencillez y una falta de recelo propias sólo de las costumbres patriarcales! Figurábame la pesadumbre de Carlota y las justas reconvenciones que su familia podía y debía dirigirme; puesto que yo me había abandonado con cierto deleite a una inclinación de cuya insuperable ilegitimidad estaba convencido. ¿Traté, aunque vagamente, de llevar a cabo una seducción, sin darme cuenta de mi vituperable conducta? En este caso, ya fuera que me detuviese, como lo hice, por no faltar a la honradez, o bien porque salvara el obstáculo para abandonarme a una propensión anticipadamente mancillada por mi conducta, el objeto de aquella seducción estaba predestinado por mi culpa, al dolor o al arrepentimiento.

Una sola cosa se conservaba pura y hechicera, aunque triste, en mi pensamiento: la imagen de Carlota, la cual siempre calmaba, al fin, mi irritación contra la suerte. Muchas veces tuve deseos de volver a Bungay, no para presentarme a aquella afligida familia, sino para ver pasar a Carlota, escondido en algún camino; para seguirla al templo donde adorábamos al mismo Dios, ya que no en el mismo altar; para ofrecer a aquella mujer el indescriptible ardor de mis votos, haciéndolos llegar al cielo; para pronunciar, mentalmente al menos, la plegaria de la bendición nupcial que hubiera yo podido oír de boca de algún ministro de aquella iglesia.

«¡Oh, Dios mío! unid, si os place, los espíritus de estos esposos e inspirad a sus corazones una sincera amistad. Ved con ojos favorables a vuestra sierva; haced que su yugo sea un yugo de amor y de paz, y que obtenga en su seno una fecundidad venturosa; haced, Señor, que estos esposos vean los hijos de sus hijos hasta la tercera y cuarta generación, y que alcancen una ancianidad feliz.»

De resolución en resolución, escribí a

Carlota largas epístolas, que rompí en seguida. Algunas esquelas insignificantes tuyas me servían de talismán: la tierna y graciosa Carlota se unía a mis pasos por obra de mi pensamiento, y me seguía, purificándolos, por los senderos de la sílfide. Ella absorbía todas mis facultades; era el centro a que tendía y por donde circulaba mi inteligencia, como la sangre por el corazón; hacía que me hastiara de todo, sirviéndome de objeto de una perpetua comparación que redundaba en ventaja suya. Una pasión verdadera e infeliz es una ponzoñosa levadura que queda en el fondo del alma, y que bastaría para dañar el pan de los ángeles.

Los lugares que habíamos recorrido juntos; las horas pasadas con ella; las palabras que entre nosotros habían mediado, vivían eternamente en mi memoria: me parecía ver la sonrisa de aquella esposa que el destino quiso depararme, y ora tocaba respetuosamente su negra cabellera, ora oprimía sus mórvidos brazos contra mi pecho, como una cadena de lirios ceñida a mi cuello. No bien llegaba a un sitio desierto, cuando la Carlota de blancas manos se colocaba a mi lado, adivinando yo su presencia, como por la noche se respira el perfume de las flores, aunque no las distingue la vista.

Privado de la compañía de Hingant, tenía completa libertad de llevar la imagen de Carlota a mis paseos, más solitarios que nunca. No hay un matorral, iglesia o camino a treinta millas de Londres, que no haya yo visitado. Los lugares más incultos, cualquier erial de ortigas, cualquier zanja cubierta de cardos, cualquier lugar desdeñado de los hombres, eran mis sitios predilectos; en ellos respiraba ya Byron.

En Londres estaban todos asombrados con mi conducta; no miraba ni hablaba con nadie, no entendía lo que me decían; mis antiguos camaradas creyeron que tenía una especie de locura.

¿Qué pasó en Bungay después de mi partida? ¿Qué fué de aquella familia a cuyo seno llevé el júbilo y la tristeza?

Ha de recordar el lector, que soy embajador cerca de Jorge IV, y que escribo en Londres, en 1822, lo que me sucedía en Londres en 1795.

Los negocios me forzaron hace ocho días a suspender la narración que hoy continúo. Durante este intervalo, llegó mi ayuda de cámara cierta mañana, entre doce y una, anunciándome que se había

parado un carruaje a la puerta, y que una señora inglesa solicitaba hablarme. Como en virtud de mi posición pública, me he impuesto la obligación de no negarme a nadie, respondí que podía pasar adelante aquella señora.

Me encontraba a la sazón en mi gabinete; anuncian a la señora Sulton, y veo entrar una mujer vestida de luto, acompañada de dos agraciados muchachos, de luto también; uno tendría diez y seis años, el otro catorce. Notando que la desconocida estaba tan conmovida que apenas podía andar, me acerqué a ella; entonces me dijo con acento alterado: *My lord, do you remember me?* (¿Me conoce usted?) ¡Sí, conocí a la señorita Ives! Los años, al pasar sobre su cabeza, la habían dejado sólo sus primaveras. La cogí de la mano, hicela sentarse, y me coloqué a su lado; no acertaba a decirle una palabra; mis ojos estaban cargados de lágrimas, al través de las cuales la contemplaba en silencio; por lo que entonces sentí, conocí que la había amado profundamente. Por fin pude preguntarla como ella antes a mí: «¿Y usted, me conoce?» Levantó los ojos, que tenía fijos en el suelo, y me dirigió una mirada risueña y melancólica a la par, como un intenso recuerdo. Su mano seguía sujeta entre las mías. Luego me dijo: «Llevo el luto de mi madre; mi padre murió hace muchos años; éstos son mis hijos.» Al decir esto, retiró su mano y se recostó en su sillón, cubriéndose los ojos con su pañuelo.

Poco después continuó: «Señor, ahora le hablo en el idioma que quise aprender con usted en Bungay. Perdóne mi turbación. Mis dos niños son hijos del almirante Sulton, con quien me casé tres años después que se marchó usted de Inglaterra. Pero hoy no tengo las fuerzas necesarias para entrar en pormenores. Permítame que vuelva otro día.» Le pedí sus señas; la ofrecí el brazo para acompañarla hasta su carruaje; noté que temblaba, y estreché su mano sobre mi corazón.

Al día siguiente fui a casa de la señora Sulton, a quien encontré sola. Entonces comenzó esa serie de *¿se acuerda usted?* que dan nuevo ser a toda una vida. Al repetir cada *¿se acuerda?* nos mirábamos como buscando en nuestro rostro las huellas del tiempo que tan cruelmente marcan la distancia entre el punto de partida y el camino recorrido. «¿Cómo, pregunté a Carlota; cómo le anunció su madre...?» Ruborizóse ella, y me interrumpió

vivamente diciendo: «He venido a Londres para suplicarle que se interese por los hijos del almirante Sulton; el mayor desearía pasar a Bombay, y como el nuevo gobernador de las Indias, señor Canning, es amigo de usted, pudiera llevarlo consigo. Mucho se lo agradecería; tendría gusto en deberle la felicidad de mi primer hijo.» Y recaló estas últimas palabras. «¡Ah, señora!—repliqué—: ¿Qué me recuerda usted? ¡Qué trastorno en nuestra suerte! ¿Usted que acogió en la casa hospitalaria de su padre a un pobre desterrado, que no miró usted con desdén sus padecimientos, que quizá pensó en elevarlo hasta una posición gloriosa e inesperada, usted reclama hoy su protección en su propio país?... Veré al señor Canning, y su hijo de usted, aunque me cueste mucho darle este nombre, irá a las Indias, si de mí depende. Pero, dígame, señora; ¿qué efectos obra sobre usted mi nueva posición, o cómo me mira usted? El título de *milord*, de que se vale usted para hablarme, me parece hartamente duro.» «Ni le encuentro a usted desfigurado—replicó Carlota—, ni siquiera más envejecido. Siempre que hablé de usted con mis padres, durante su ausencia, le di el tratamiento de *milord*, porque creía que debía usted llevarlo; ¿y no era usted para mí como un marido, *mylord and master*, mi señor y dueño?» Aquella mujer encantadora tenía algo de la Eva de Milton al pronunciar estas palabras; no parecía nacida de otra mortal, y su belleza conservaba la impresión de la mano divina que la formara.

Me marché a casa del señor Canning y de lord Londonderry, los cuales me opusieron dificultades para un mezquino empleo, ni más ni menos que en Francia; pero haciéndome promesas, como en todas las cortes. Di cuenta de mi visita a la señora Sulton, y volví tres veces a verla; a la cuarta me anunció que iba a regresar a Bungay. La última entrevista fué muy dolorosa para mí. Carlota me habló, como acostumbraba, del pasado, de nuestra vida secreta, nuestras lecturas, paseos y cantos, de las flores y de las esperanzas antiguas. «Cuando yo le conocí a usted—decía—, nadie pronunciaba su nombre: hoy, ¿quién lo ignora? ¿Sabe usted que poseo una obra y varias cartas escritas por su mano? Aquí están.» Y me entregó un paquete de papeles. «No se agravié usted porque no quiera yo conservar nada suyo—prosiguió sollozando—. *Farewell, farewell!* exclamó luego; no se

olvide usted de mi hijo. Nunca le volveré a ver, porque seguramente no irá usted a buscarme a Bungay.» «Iré—le contesté—; iré a llevarle a usted el despacho de su hijo.» Carlota meneó la cabeza como dudándolo, y se retiró.

Al regresar a la embajada, me encerré en mi cuarto y abrí el paquete, que sólo contenía algunas cartas insignificantes y un plan de estudios, con observaciones sobre los poetas ingleses e italianos. Esperaba yo que hubiese con estos papeles una carta de Carlota, pero no la encontré; había únicamente algunas notas marginales en el manuscrito, escritas en inglés, francés y latín, y cuya tinta y letra juvenil denotaban su antigüedad.

Esta es mi historia con la señorita Ives. Al concluir de referirla me parece que por segunda vez pierdo a Carlota, aquí, en la misma isla en que la perdí la primera. Pero desde lo que ahora siento hasta lo que sentía en aquellos días, cuyo dulce recuerdo he invocado, media todo el espacio de la inocencia; las pasiones se han atravesado entre la señorita Ives y la señora Sulton. Ya no puedo brindar a ninguna mujer candorosa los castos deseos, la apacible ignorancia de ese amor que no pasa los límites de un celestial ensueño. En aquellos días escribía yo con la vaguedad de la tristeza, hoy la vida ya no tiene vaguedad para mí. Y, a pesar de todo, si estrechara en mis brazos esposa y madre, a la que pude estrechar virgen y esposa, lo haría con una especie de rabia, ansiando marchitar, llenar de duelo y ahogar frenético esos veintisiete años dados a otro después que a mí se me ofrecieron.

Jamás se habían interrumpido mis relaciones con el señor de Deboffe para el *Ensayo sobre las Revoluciones*, y me interesaba activarlas en Londres para sostener mi vida material. ¿De dónde procedía mi última desgracia? De mi obstinación en callar. Para comprender esto es necesario hablar de mi carácter.

Nunca me fué posible vencer este espíritu de abstracción y soledad interior que me impide hablar de lo que me atañe. Nadie podría sostener que he referido lo que la mayor parte de las gentes cuentan en un momento de dolor, de placer o de vanidad. Un nombre, una confesión no sale, o sale rara vez de mi boca. A nadie comunico mis intereses, mis proyectos, mis trabajos, mis ideas, mis penas, mis placeres, persuadido del

fastidio que se causa a los demás hablándoles de nosotros. Sincero y verídico, carezco de la espontaneidad del corazón; mi alma tiende siempre a cerrarse, yo no digo jamás una cosa completamente, y no he referido mi vida más que en estas *Memorias*. Si intento comenzar una narración, me asalta la idea de ser prolijo; a las cuatro palabras se apaga mi voz, y guardo silencio. Como no creo en nada, excepto en religión, desconfío de todo; la malevolencia y la denigración son dos caracteres del espíritu francés; la burla y la calumnia el resultado inmediato de una confianza.

¿Y qué he conseguido con mi reserva? Hacerme un ser fantástico que no tiene ninguna relación con mi realidad. Hasta mis mismos amigos me juzgan mal creyendo conocerme y embelleciendo mis ilusiones con su adhesión. Todas las meditaciones de antecámaras, de oficinas, de periódicos y cafés, me consideran ambicioso, y no lo he sido. Soy frío y seco en la vida común, no soy entusiasta ni sentimental; mi percepción clara y rápida profundiza pronto el hecho y el hombre, y los despoja de toda importancia. Lejos de arrastrarme, de idealizar las verdades aplicables, mi imaginación achica los sucesos más importantes; el lado pequeño y ridículo de los objetos se me presenta en primer término; grandes genios y grandes cosas, nada existe para mí. Político, admirador y elogiando las suficiencias que se proclaman inteligencias superiores, mi desprecio oculto ríe, colocando en todas esas caras incensadas máscaras de Callot. En la existencia interior y teórica soy el hombre de los sueños: en la exterior y práctica, el de la realidad. Aventurero y ordenado, apasionado y metódico, no ha habido jamás ser más quimérico y más positivo que yo, ardiente y frío; mezcla extraña, engendro de las sangres diversas de mi padre y de mi madre.

Los retratos que de mí se han hecho, fuera de mi semejanza, son debidos, sobre todo, a la reticencia de mis palabras. La multitud es demasiado ligera y distraída para tomarse el trabajo de ver a los individuos tal como son. Si he pretendido por casualidad rectificar alguno de estos juicios falsos en mis prefacios, no se me ha creído. Para terminar, siéndome todo indiferente, yo no insistía; un *como usted guste* me ha librado siempre del fastidio de convencer a nadie, o de restablecer una verdad.

No me formo una virtud de mi circunspección tan invencible como involuntaria; si no es falsa, lo parece al menos; no está en armonía con las naturalezas más dichosas, más amables, más fáciles, más sencillas, más abundantes, más comunicativas que la mía. Constantemente me ha perjudicado en los sentimientos y en los negocios, porque no he podido sufrir jamás las explicaciones, las protestas y aclaraciones, los lamentos y las lágrimas, palabrería y reproches, detalles y apologías.

En el caso de la familia de Ives, este obstinado silencio mío me fué fatal. Veinte veces me había preguntado la madre de Carlota por mi familia, y me puso en el camino de las revelaciones. No previendo dónde me llevaba mi mutismo, siempre contesté con algunas palabras vagas y breves.

Si no me afectara este odioso síntoma, porque el desprecio no me es posible, yo no hubiera tenido este aire de querer defraudar la más generosa hospitalidad; la verdad, dicha en un momento decisivo, no me disculpaba, porque se había causado ya un mal positivo.

Volví a ocuparme en mis tareas en medio de mis pesares y de los reproches que yo mismo me hacía. Aceptaba el trabajo, porque juzgaba que adquiriendo renombre haría que la familia Ives se arrepentiría menos del interés que me había mostrado. Carlota, con quien yo pretendía reconciliarme por medio de la gloria, presidía mis estudios. Su imagen estaba sentada ante mí mientras yo escribía. Cuando levantaba los ojos del papel, los fijaba en mi adorada, como si efectivamente estuviera allí. Los habitantes de la isla de Ceilán vieron una mañana al astro del día que se levantaba con esplendor extraordinario; su globo se abrió, y salió de él una brillante criatura, que dijo a los ceilaneses: «Yo vengo a reinar sobre vosotros.» Carlota, nacida de un rayo de luz, reinaba en mí.

Abandonemos estos recuerdos; los recuerdos envejecen y se borran como las esperanzas. Mi vida va a cambiar, deslizándose bajo otros cielos, en otros valles. ¡Primer amor de mi juventud, tú huyes con tus encantos! Vuelvo de ver a Carlota, es cierto; pero, ¿cuántos años después? ¡Dulce luz de lo pasado, pálida rosa del crepúsculo que borda la noche, cuando el sol se ha ido al Occidente!

Londres, de abril a septiembre de 1822.

EL «ENSAYO HISTÓRICO SOBRE LAS REVOLUCIONES».—SU EFECTO.—CARTA DE LEMIERRE, SOBRINO DEL POETA. — FONTANES. — CLERY. — UN PAISANO VANDEANO. — PASEOS CON FONTANES.

Varias veces se ha comparado la vida a una montaña; por un lado se sube y por otra se baja; también se la podría comparar a un Alpe de cima pelada, cubierto de hielo y sin reverso. Siguiendo esta imagen, el viajero sube siempre y no baja nunca; entonces ve el espacio que ha recorrido, los senderos fáciles que no llegó a pisar, y ve con pena y dolor el punto donde comenzó a extraviarse. Yo marco así en la publicación del *Ensayo histórico* el primer paso que me apartó de la senda de la paz. Acabé la primera parte del gran trabajo que me había trazado; escribí la última palabra entre la idea de la muerte (pues estaba enfermo) y una ilusión desvanecida: *in somnis venit imago conjugis*. Impreso por Baylis, apareció en casa de Deboffe en 1797.

Esta obra es el compendio de mi existencia, como poeta, moralista, publicista y político. Inútil me parece decir que yo esperaba buen éxito de ella; nosotros los autores, pequeños prodigios de una era prodigiosa, pretendemos mantener relaciones con las razas futuras, ignorando, a mi parecer, su destino. La muerte helará nuestras palabras cantadas o escritas, de tal manera, que no se fundirán como las palabras heladas de Rabelais.

El *Ensayo* debía ser una especie de enciclopedia histórica. El único volumen publicado constituye una gran investigación; yo tenía la continuación en manuscrito; después seguían, con las anotaciones del analista, las leyes y poesías antiguas del poeta, los Natchez, etc. Hoy, apenas acierto a comprender cómo he podido entregarme a estudios tan considerables en medio de una vida activa, errante y sujeta a tantos reveses. Mi terquedad la explica; en mi juventud he escrito doce y quince horas seguidas, enmendando diez veces la misma página. Los años no me han disminuído esta facultad de aplicación; hoy mis correspondencias diplomáticas, hechas por mi mano, no interrumpen mis composiciones literarias.

Mi obra hizo ruido entre la emigración; contrariaba los sentimientos de mis

compañeros de infortunio; mi independencia en mis distintas posiciones sociales ha ofendido casi siempre a los hombres con quienes estaba relacionado. Sucesivamente he sido jefe de ejércitos diferentes, cuyos soldados no eran de mi partido; he guiado a los viejos realistas a la conquista de las libertades públicas, y, sobre todo, de la libertad de imprenta, que ellos detestaban; he congregado a los liberales, en nombre de esta misma libertad, bajo el estandarte de los Borbones que ellos aborrecían. Sucedió que la opinión emigrada se adhirió por amor propio a mi persona; las Revistas inglesas hablaron de mí con elogio, y alabanza recayó en todo el cuerpo de los *fielles*.

Envié ejemplares del *Ensayo* a La Harpe, Guinguené y Sales. Lemierre, sobrino del poeta de su nombre, y traductor de las poesías de Gray, me notificó desde París, el 13 de julio de 1797, que mi obra había tenido el mayor éxito. Es cierto que el *Ensayo* fué un momento conocido, pero casi en seguida fué olvidado: una sombra súbita cubrió el primer rayo de mi gloria.

Como era ya casi un personaje, la alta emigración me buscó en Londres. Anduve de calle en calle; dejé primero Holborn-Tottenham-Courtroad, y avancé hasta el camino de Hamstead. Permanecí algunos meses en casa de la señora O'Larry, viuda irlandesa, madre de una niña muy hermosa de catorce años, enamorada locamente de sus gatos. Ligados por esta pasión, tuvimos la desgracia de perder dos elegantes gatitos, blancos como el armiño, con la punta del rabo negra.

A casa de la señora O'Larry iban vecinas antiguas, con las que me veía precisado a tomar el té. Madama de Staël ha descrito esta escena en *Corina* en casa de la señora Edgermond: «Querida mía, ¿cree usted que el agua hierve bastante para ponerle el té?» «Querida, yo creo que es muy pronto.»

Iba a estas veladas una joven irlandesa, muy hermosa, María Neale, bajo el cuidado de un tutor. Ella debió ver en el fondo de mi mirada alguna herida, porque me decía: «Lleva usted su corazón vendado.» Yo lo tenía no sé cómo.

La señora O'Larry se marchó a Dublín; entonces, alejándome del cantón de la colonia de la pobre emigración del Este, llegué hasta el cuartel de la rica emigración del Oeste, entre los obispos, las familias de la corte y los colonos de la Martinica.

Pelletier, que se había casado, había vuelto; siempre hablador, malgastando sus cortesías, y frecuentando el bolsillo de sus amigos más que el suyo propio.

Hice nuevas amistades; sobre todo en la sociedad donde tenía relaciones de familia; Lamoignon, herido gravemente en la batalla de Quiberón, y hoy mi colega en la Cámara de los Pares, me presentó a la señora Lindsay, afecta a Augusto de Lamoignon, su hermano: el presidente Guillaume no era contemplado por la fortuna en Basville, entre Boileau, la señora de Sévigné y Bourdaloue.

La señora Lindsay, de origen irlandés, de un espíritu áspero, de genio algo variable, de talle elegante, de agradable figura, tenía nobleza de alma y elevación de carácter: los emigrados distinguidos pasaban la noche en el hogar de la última Ninón. La vieja monarquía moría con todos sus abusos y todas sus gracias. Algún día se la desenterrará, como esos esqueletos de reinas, adornadas de collares, de brazaletes y pendientes, que se exhuman en Etruria. En aquellas reuniones encontré al señor Malouet y a la señora de Belloy, mujer digna de aprecio, el conde de Montboisier y el caballero Panat. Este último gozaba una reputación merecida de hombre de talento, de poco aseado y gastrónomo.

Montboisier había quedado a caballo sobre la fama de su alabada frase de la *cruz de madera*. Al salir de Francia, se dirigió a Coblenza; mal recibido por los príncipes, tuvo una disputa, se batió por la noche a la orilla del Rin, y fué herido. No viendo nada y no pudiéndose mover, preguntó a los padrinos si la punta de la espada salía por el lado opuesto: «Tres pulgadas», le contestaron. «Entonces no es nada — dijo Montboisier —: retirad vuestra estocada, caballero.»

Después marchó a Inglaterra, y se refugió en las letras, gran hospital de emigrados, donde yo tenía una cama al lado de la suya. Obtuvo la redacción del *Correo Francés*. Además de su periódico, escribía obras físico-político-filosóficas; en una de ellas demostraba que el azul era el color de la vida, por la razón de que las venas azulean después de la muerte, llegando a la superficie del cuerpo para evaporarse y volver al cielo azul.

Feudalmente liberal, aristócrata y demócrata, cabeza abigarrada, formada de piezas y fragmentos, Montboisier concibe ideas disparatadas, pero si llega a expresarlas, alguna vez, son bellas, sobre todo

enérgicas; antiteocrático como noble, cristiano por sofisma y enamorado de los siglos antiguos, hubiese sido, bajo el paganismo, ardiente partidario de la independencia en teoría y de la esclavitud en la práctica. Interruptor inoportuno, egoísta seco, el antiguo diputado se permite, no obstante, condescendencias con el poder; sabe conciliar sus intereses, pero no sufre que se lo noten, y encubre sus debilidades de hombre con su honor de caballero. No quiero hablar mal de mi *famoso Auverniano*, con sus romances de *El Monte de Oro*, y su polémica de la *Llanura*; yo disfruto con su persona heteróclita. Sus largas y obscuras explicaciones y confusas ideas, con paréntesis y exclamaciones de ¡oh! ¡oh! me molestan; pero, por otra parte, me divierte este naturalista de los volcanes, este orador de montañas que discurre en la tribuna, como cantan sus compatriotas en lo alto de una chimenea; siempre le agradeceré que me haya consagrado una antigua roca negra, tomada de un cementerio de los galos, descubierto por él. El abate Delille, otro compatriota de Sidonio Apollinar, del canciller de L'Hospital, de La Fayette, de Thomas, de Cramfort, había venido a establecerse a Londres. La emigración lo contaba con orgullo en sus filas; era el cantor de nuestras desgracias: razón más para apreciar su musa. Trabajaba mucho; lo necesitaba, porque la señora Delille lo encerraba y no le dejaba salir hasta que había ganado su jornal con cierto número de versos. Una vez que fui a su casa, se hizo esperar, y apareció después con el rostro encendido; se supone que la señora Delille le daba de bofetadas: yo no lo sé; refiero lo que vi.

¿Quién no ha oído al abate Delille recitar sus versos? Los decía bastante bien; su figura flaca, ajada, animada por su imaginación, se hermanaba con la naturaleza coqueta de su dicción, con el carácter de su talento y su profesión de abate. La obra maestra del abate Delille es su traducción de las *Geórgicas*, con fragmentos casi sentimentales; pero es como si leyerais a Racine en la lengua de Luis XV.

La literatura del siglo XVIII, salvo algunos genios que la dominan, colocada entre la clásica del siglo XVII y la romántica del XIX, aunque no carece de naturalidad, carece de naturaleza; entregada a combinaciones de palabras, no es bastante original como escuela moderna, ni

bastante pura como escuela antigua. El abate Delille era el poeta de los castillos modernos, como los trovadores eran los poetas de los castillos antiguos: los versos del uno, las baladas de los otros, hacen conocer la diferencia que existía entre la aristocracia en la fuerza de su juventud, y la aristocracia decrepita; el abate describe lecturas y juegos de ajedrez, y los trovadores cantaban cruzadas y torneos.

Los más distinguidos personajes de nuestra iglesia militante se hallaban entonces en Inglaterra. El abate Carron, que ya cité, tomándole la vida de mi hermana Julia; el obispo de Saint-Pol-de-León, que contribuía a hacer al señor conde de Artois cada vez más extraño a su siglo; el arzobispo de Aix, calumniado tal vez a causa de sus triunfos en el mundo; otro obispo sabio y piadoso, pero tan avaricioso, que si hubiera perdido su alma no la hubiera rescatado por dinero. Casi todos los avaros son gente de talento; preciso es que sea yo muy bestia.

Entre las francesas del Oeste estaba la señora de Boigne, amable, espiritual, llena de talento, muy bella, y la más joven de todas; representó después con su padre, el marqués de Osmond, a la corte de Francia en Inglaterra, mucho mejor que lo ha hecho mi incivilidad. En la actualidad es escritora, y, con su disposición, reproducirá maravillosamente lo que ha visto.

Ciertamente que se hallaba en esta época la duquesa de Duras en Londres; pero yo no debía conocerla hasta diez años después. ¡Cuántas veces se pasa en la vida al lado de quien haría nuestra felicidad, como el navegante cruza las aguas de una tierra favorecida por el cielo, de quien sólo lo separa un horizonte y un día de vela! Trazo estas líneas a la orilla del Támesis, y mañana irá una carta por el correo a decir a la señora Duras, a las orillas del Sena, que he encontrado su primer recuerdo.

De vez en cuando nos enviaba la Revolución emigrados de nueva especie y opiniones nuevas; se formaban diferentes engendros de desterrados; la tierra contiene capas de arena o de arcilla, dispuestas por las olas del diluvio: una de estas olas llevó un hombre, cuya pérdida deploro hoy; un hombre, que fué mi director en las letras, y cuya amistad ha sido una de las honras y uno de los consuelos de mi vida.

Dije en estas *Memorias* que había coocido al señor de Fontanes en 1789: en Berlín supe el año pasado que había muerto. Nació en Niort, de una familia noble y protestante: su padre había tenido la desgracia de matar en duelo a su cuñado. El joven Fontanes, educado por un hermano de mucho mérito, fué a París, vió morir a Voltaire, y este gran representante del siglo XVIII le inspiró sus primeras poesías; sus ensayos poéticos fueron revisados por La Harpe. Empezó algunos trabajos para el teatro, y tuvo relaciones íntimas con una actriz encantadora, la señorita Desgarcins. Alojado junto al Odeón, errante alrededor de la Cartuja, celebró su soledad. Había encontrado a un amigo destinado a serlo mío, al señor Joubert. Al estallar la revolución, el poeta se afilió en uno de estos partidos estacionarios que mueren siempre destrozados por el partido progresista, que los arrastra hacia adelante, y el retrógrado, que los arrastra hacia atrás. Los monárquicos pusieron a Fontanes en la redacción del *Moderador*. Cuando la tormenta arreció, se refugió en Lyon, donde se casó. Durante el sitio de la ciudad, que los revolucionarios habían llamado *Municipalidad emancipada*, del mismo modo que Luis XI, al desterrar a los ciudadanos, había llamado a Arras *Ciudad asilo*. La señora de Fontanes dió a luz un niño, viéndose obligada a cambiar de lugar la cuna de su hijo para ponerlo al abrigo de las bombas. Vuelto a París en 9 de termidor, Fontanes fundó el *Memorial* con La Harpe y el abate de Vauxelles. Proscrito el 18 de fructidor, buscó refugio en Inglaterra.

El señor Fontanes ha sido, con Chénier, el último escritor de la escuela clásica de la rama mayor; sus versos y su prosa se parecen, poseen un mérito de la misma naturaleza. Sus pensamientos y sus imágenes tienen una melancolía desconocida en el siglo de Luis XIV, que conocía solamente la austera y santa tristeza de la elocuencia religiosa. Melancolía que se encuentra mezclada en las obras del cantor del *Día de difuntos*, como el sello de la época en que vivió: ella fija la fecha de su vida; ella demuestra que ha nacido después de J. J. Rousseau, y que tuvo por modelo a Fenelón. Reducir los escritos de Fontanes a dos volúmenes muy pequeños, el uno en prosa y el otro en verso, sería el monumento fúnebre más elegante que pudiera levantarse en la tumba de la escuela clásica.

Entre los papeles que dejó mi amigo, se encuentran muchos cantos del poema de la *Grecia salvada*, libros de odas, poesías diversas, etc. El no habría publicado nada, porque este crítico, tan delicado, tan entendido e imparcial, cuando no le cegaban sus opiniones políticas, tenía un miedo horroroso a la crítica. Ha sido muy injusto con madama de Staël. Al aparecer Fontanes mató la escuela afectada de Dorat; pero no pudo restablecer la escuela clásica, que tocaba a su fin con la lengua de Racine.

Entre las odas póstumas de Fontanes hay una al *Aniversario de su nacimiento*; tiene todo el encanto del *Día de difuntos*, pero su sentimiento es más penetrante y más individual. No me acuerdo más que de estas dos estrofas:

La vieillesse déjà vient avec ses souffrances:
Que m'offre l'avenir? De courtes espérances.
Que m'offre le passé? Des fautes, des regrets.
Tel est le sort de l'homme; il s'instruit avec l'âge:
Mais que sert d'être sage,
Quand le terme est si près?

Le passé, le présent, l'avenir, tout m'afflige.
La vie à son déclin est pour moi sans prestige;
Dans le miroir du temps elle perd ses appas.
Plaisir! allez chercher l'amour et la jeunesse;
Laissez-moi ma tristesse,
Et ne l'insultez pas!

«Ya se acerca la vejez con sus padecimientos. Breves son ya las esperanzas que el porvenir me ofrece, y en mi pasado no veo más que faltas y motivos de arrepentimiento. Tal es la suerte del hombre: adquiere instrucción con la edad. Mas, ¿de qué sirve la ciencia cuando uno está tan próximo a su fin?»

»El pasado, el presente y el porvenir se aunan en mi daño: no encuentro encanto en la vida que llega a su ocaso; el tiempo la despoja de todas sus ilusiones. Id, placeres, id a halagar al amor y a la juventud. Dejadme a mí con mi tristeza y no me insultéis.»

Si alguna cosa en el mundo era antipática a Fontanes, debía ser mi manera de escribir. En mí comenzaba, con la escuela llamada *romántica*, una revolución en la literatura francesa; a pesar de esto, mi amigo, en vez de irritarse con mi barbarie, se apasionó de ella. Yo veía el aturdimiento en su semblante cuando le leía trozos de los *Natchez*, de *Atala* y de *René*: no podía sujetar estas producciones a las reglas comunes de la crítica; pero conocía que entraba en un mundo nuevo; veía una nueva naturaleza; comprendía una lengua que él no hablaba. Me dió buenos consejos; le debo la co-

rección de mi estilo; él me enseñó a respetar el oído; él me impidió que cayera en la extravagancia de invención y lo escabroso de ejecución de mis discípulos.

Fué para mí una felicidad grande volverlo a encontrar en Londres, obsequiado por la emigración: se le pedían cantos de la *Grecia salvada*, que se escuchaban con el mayor interés. Se alojó cerca de mí; ya no nos separamos. Asistimos juntos a una escena digna de estos tiempos de infortunio. Cléry, que hacía poco tiempo que había desembarcado, nos leyó sus *Memorias* manuscritas. Júzguese la emoción de un auditorio de desterrados oyendo la relación de los padecimientos y la muerte del prisionero del Temple, hecha por un testigo ocular: el ayuda de cámara de Luis XVI. El Directorio, asustado por las Memorias de Cléry, publicó otra edición interpolada, en que hacía hablar al autor como un lacayo y al rey como un ganapán: entre las torpezas revolucionarias, ésta es quizá una de las más bajas.

El señor Theil, encargado de negocios del conde de Artois, en Londres, se apresuró a buscar a Fontanes; éste me rogó que lo condujera a casa del agente de los príncipes. Lo encontramos rodeado de todos aquellos defensores del trono y del altar, que vagabundeaban en Piccadilly. A un lado de esta multitud había un hombre de treinta a treinta y dos años, ocupado en ver un grabado de la muerte del general Wolf. Me llamó la atención su aire, y pregunté quién era: «No es nadie; es un paisano vandeano, portador de una carta de sus jefes.»

Aquel hombre, que no era nadie, había visto morir a Cathelineau, primer general de la Vendée, y paisano como él; a Bonchamps, en quien revivía Bayardo; a Lescure, armado de un cilicio que no estaba hecho a prueba de bala; a Elbée, fusilado en una silla, pues sus heridas no le permitieron abrazar la muerte en pie; La Rochejaquelein, cuyo cadáver mandaron identificar los patriotas, a fin de tranquilizar a la Convención en medio de sus victorias. Aquel hombre, que no era nadie, había asistido a la toma y pérdida de doscientas plazas, ciudades, pueblos y reductos; a setecientas acciones locales; a diez y siete batallas campales; se había batido contra trescientos mil hombres de tropas disciplinadas, seis a setecientos mil movilizados y guardias nacio-

nales; ayudó a tomar cien piezas de cañón y cincuenta mil fusiles; había atravesado las llamadas *columnas infernales*, compañías de incendiarios, mandadas por convencionales; había estado en medio del Océano de fuego que en tres ocasiones extendió sus olas por los bosques de la Vendée; y, por último, había visto perecer trescientos mil Hércules de arado, compañeros de sus trabajos, y convertirse en un desierto de cenizas cien leguas cuadradas de una fértil región.

Las dos Francias se encontraron en este suelo nivelado por ellas. Todo lo que había en Francia de la sangre y los recuerdos de las cruzadas, luchó contra la nueva sangre y las esperanzas de la Francia revolucionaria. Los vencedores sintieron la grandeza de los vencidos. Turreau, general de los republicanos, decía: «que los vandeanos serían colocados en la historia en la primera fila de los pueblos militares.» Las legiones de Probo decían otro tanto de nuestros padres en sus canciones. Bonaparte llamó a los combates de la Vandée *combates de gigantes*.

Yo era el único, que, en aquella algarabía, consideraba con admiración y respeto al representante de estos antiguos *Jacques*, quienes, rompiendo el yugo de sus señores, rechazaban, bajo Carlos V, la invasión extranjera; me figuraba ver un hijo de aquellos municipios del tiempo de Carlos VII, que, con la pequeña nobleza de provincia, conquistaban palmo a palmo el suelo de Francia. Tenía el aire indiferente del salvaje; su mirada era sombría e inflexible como una barra de hierro; su labio inferior temblaba sobre sus cerrados dientes; sus cabellos bajaban de su cabeza como serpientes enroscadas; sus brazos, caídos, imprimían un sacudimiento nervioso a los enormes puños, acribillados de sablazos; su fisonomía expresaba una naturaleza popular rústica, puesta, por el poder de las costumbres, al servicio de intereses y de ideas contrarias a esta naturaleza; la nativa fidelidad del vasallo y la simple fe del cristiano, se mezclaban a la ruda independencia plebeya acostumbrada a estimarse y hacerse justicia. El sentimiento parecía no ser en él más que la conciencia de la fuerza de su mano y la intrepidez de su corazón. Hablaba como un león; se rascaba como un león; bostezaba como un león, se apoyaba sobre un costado como un león cansado, y soñaba, quizás, con la sangre y los bosques. Los vandeanos enviaban diputaciones a la

emigración; los gigantes pedían jefes a los pigmeos. El agreste enviado que yo contemplaba había cogido la revolución por la garganta, y había gritado: «Entrad; pasad detrás de mí; no os hará daño; no se moverá; yo la sujeto.» Nadie quiso pasar; entonces Jacques Bonhomme soltó a la revolución, y Charette rompió su espada.

En tanto que yo hacía estas reflexiones a propósito de este campesino, como las hice de otra especie cuando vi a Mirabeau y a Dantón, Fontanes obtenía una audiencia particular de aquel a quien él llamaba burlescamente *interventor general de hacienda*: salió muy satisfecho, porque el señor Theil había prometido proteger la publicación de mis obras, y Fontanes no pensaba más que en mí. Timido en lo que a él respectaba, era todo valor cuando se trataba de los amigos, y me lo demostró cuando hice dimisión con motivo de la muerte del duque de Enghien.

Solíamos ir a pasear al campo; nos parábamos bajo algunos de esos elevados olmos que se ven diseminados por las praderas, y apoyado contra su tronco, me contaba mi amigo su antiguo viaje a Inglaterra antes de la revolución, y los versos que dedicaba a dos señoritas, ahora envejecidas, a la sombra de las torres de Westminster; torres que estaban en pie, como las había dejado, mientras que, junto a ellas, se habían sepultado las ilusiones y las horas de su juventud.

Comíamos en alguna fonda solitaria de Chelsea, hablando de Milton y de Shakespeare: ellos habían visto lo que nosotros, a la orilla de este río, extranjero para nosotros; de la patria para ellos. Volvíamos de noche a Londres, con los rayos pálidos de las estrellas, sumergidas una tras de la otra en la niebla de la ciudad. Llegábamos a nuestra casa, guiados por inciertas luces que nos trazaban apenas el camino al través del humo de carbón que brillaba alrededor de cada reverbero: así transcurre la vida del poeta.

Nosotros vimos a Londres en detalle, el antiguo desterrado servía de cicerone a los nuevos, jóvenes o viejos: no hay edad legal para la desgracia. En una de estas excursiones nos sorprendió una lluvia mezclada de truenos, que nos obligó a refugiarnos en el zaguán de una casaca cuya puerta estaba entreabierto ca-

sualmente. Allí encontramos al duque de Borbón: yo vi por la primera vez en este Chantilly un príncipe que no era aún el último de los Condé.

El duque, Fontanes y yo, igualmente proscritos, buscábamos en tierra extranjera, bajo el techo del pobre, un abrigo contra la misma tempestad: *Fata viam invenient*.

Fontanes fué llamado a Francia. Nos despedimos, haciendo votos por nuestra próxima reunión. Cuando llegó a Alemania, me escribió la carta siguiente:

23 julio de 1798.

«Si ha tenido usted algún pesar por mi partida de Londres, le aseguro que los míos no han sido menos reales. Es usted la segunda persona a quien he hallado en el curso de mi vida de una imaginación y un corazón como el mío. Nunca olvidaré los consuelos que me ha hecho encontrar en el destierro y país extranjero. Mi pensamiento más querido y más constante, después que le he dejado, se vuelve a los *Natchez*. Lo que me ha leído usted de ellos y, sobre todo en los últimos días, es admirable y no se borrará jamás de mi memoria. Pero el entusiasmo de las ideas poéticas que me ha inspirado usted ha desaparecido un momento a mi llegada a Alemania. Las más horrosas noticias se han sucedido a las que le di cuando nos separamos. He estado cinco o seis días en la más cruel perplejidad. Hasta temía persecuciones en mi familia. Mis temores han disminuido hoy bastante. El mal mismo ha sido muy ligero: se amenaza más que se pega, y los exterminadores no se dirigen contra los de mi época. El último correo me trae seguridades de paz y de buena voluntad. Puedo continuar mi viaje, y voy a ponerme en camino en los primeros días del mes próximo. Estableceré mi casa cerca del bosque de San Germán, entre mi familia, la Grecia y mis libros: ¡que no pueda decir también los *Natchez*! La revuelta inesperada ocurrida en París es causa, estoy convencido, del aturdimiento de los agentes y jefes que usted conoce. En las manos tengo la prueba evidente. Por esto escribo al señor Theil con toda la finura posible, y con la contemplación que exige la prudencia. Deseo evitar toda correspondencia, al menos próxima, y pongo en duda el partido que voy a tomar y la residencia que pienso elegir. Por lo demás, ha-

blo con usted en el seno de la amistad, y deseo cordialmente que las esperanzas de utilidad que yo ofrezca aumenten la buena disposición que se me ha manifestado, y que también se deben a usted y a sus talentos.

»Trabaje, trabaje, mi querido amigo; hágase ilustre. Puede lograrlo: el porvenir es de usted. Espero que la palabra dada continuamente por el *interventor general de hacienda*, se cumpla al menos en parte. Esto me consuela, porque no puedo soportar la idea de que una hermosa obra se retrase por falta de algunos socorros. Escríbame usted; que nuestros corazones estén en comunicación; que nuestras musas sean siempre amigas. Hábleme usted de sus trabajos. Quiero alegrarle al concluir; he compuesto la mitad de un nuevo canto a la orilla del Elba, y estoy más contento de él que de lo demás.

»Adiós: le abraza tiernamente su amigo,

»FONTANES.»

Fontanes me dice que al cambiar de destierro seguía haciendo versos. No se puede robar todo al poeta; lleva consigo su lira. Dejad al cisne sus alas; y los ríos desconocidos repetirán cada tarde las quejas melódicas que hubiera preferido hacer resonar en el Eurotas.

Esta primera carta afectuosa del primer amigo que he tenido en mi vida, y que, desde que la escribió, ha estado junto a mí veintitrés años, me advierte mi progresivo aislamiento. Fontanes ya no existe: un dolor profundo, la muerte trágica de un hijo lo ha llevado al sepulcro antes de tiempo. Casi todos los seres de quien he hablado en estas *Memorias* han desaparecido; es un registro de difuntos que llevo. Unos años más, y yo, condenado a formar el catálogo de los muertos, no dejaré que nadie inscriba mi nombre en el libro de los ausentes.

Pero si me quedo solo, si ninguna de las personas que me han amado queda para conducirme a mi última morada, yo menos que nadie necesito guía; tengo abierto el camino; yo he estudiado los lugares por donde debo pasar; yo he querido ver lo que sucede en el último momento.

Siempre al borde de una fosa, a la que se bajaba un féretro con cuerdas, he oído su crujido; después, el ruido de la primera capa de tierra que caía sobre el ataúd; a cada nueva paletada el ruido

hondo disminuía, y cubriendo la tierra la sepultura, hacía elevarse poco a poco el silencio eterno hasta la superficie de la tumba. ¡Fontanes! me habéis escrito: *¡Que nuestras musas sean siempre amigas!* No lo habéis escrito en vano.

Londres, de abril a septiembre de 1822.

MUERTE DE MI MADRE. — VUELTA A LA RELIGIÓN. — «EL GENIO DEL CRISTIANISMO». — CARTA DEL CABALLERO DE PANAT. — MI TÍO EL SEÑOR DE BEDÉE: SU HIJA MAYOR. — INCIDENCIAS. — LITERATURA INGLESA. — DECAIMIENTO DE LA ANTIGUA ESCUELA. — HISTORIADORES. — PUBLICISTAS. — POETAS. — SHAKESPEARE.

Alloquar? audiero nunquam tua verba loquentem?
Nunquam ego te, vita frater amabilior,
Aspiciam post hæc? at, certe, semper amabo?

«¿Ya no te volveré a hablar? ¿No oíré jamás tus palabras? ¿Nunca te veré, hermano más querido que la vida? ¡Ah! ¡pero siempre te amaré!»

He perdido un amigo, y voy a perder una madre; es necesario tener siempre en los labios los versos que Cátulo dirigía a su hermano. En este valle de lágrimas, lo mismo que en el infierno, hay yo no sé qué eterna queja, que constituye el fondo o la nota dominante de las lamentaciones humanas; se la oye continuamente, y duraría hasta después de extinguirse los dolores creados.

Una carta que recibí poco después que la de Fontanes confirmaba mi triste observación sobre mi progresivo aislamiento; mi amigo me invitaba a *trabajar, a darme renombre*; mi hermana me aconsejaba que renunciara a *escribir*: el uno me proponía la gloria, la otra el olvido. ¿Habéis visto en la historia de la señora de Farey cuáles eran sus ideas? Profesaba odio a la literatura, porque la contemplaba como una de las tentaciones de su vida.

Saint-Servan, 1.º de julio de 1798.

«Amigo mío: Acabamos de perder la mejor de las madres; con dolor te comunico este golpe funesto. Cuando dejes de ser el objeto de nuestra solicitud, habremos dejado de vivir. Si supieras cuántas lágrimas han hecho derramar tus extravíos a nuestra respetable madre, y lo deplorables que parecen a los que hicieron profesión de piedad y de razón; si tú lo supieras, quizá esto contribuiría a hacer abrir los ojos y a renunciar a es-

cribir; y si el cielo, apiadándose de mis súplicas, permitiera nuestra reunión, encontrarías en medio de nosotros toda la felicidad posible en la tierra; y tú nos la darías, porque mientras estemos inquietos por tu suerte, no la podemos tener.»
¡Ah! ¡que no haya seguido yo el consejo de mi hermana! ¿Por qué he seguido escribiendo? Sin mis obras, ¿se hubieran cambiado en nada los acontecimientos o el espíritu de la época?

La ternura filial que profesaba a la señora de Chateaubriand era profunda. Mi infancia y mi juventud se ligaban íntimamente con el recuerdo de mi madre; todo cuanto yo sabía procedía de ella. La idea de haber emponzoñado los últimos momentos de la mujer que me llevó en su seno, me desesperaba; arrojé al fuego con horror ejemplares del *Ensayo*, como el instrumento de mi crimen; si me hubiera sido posible destruir la obra, lo hubiera hecho sin vacilar. No salí de esta turbación hasta que me ocurrió expiar mi primera obra con otra obra religiosa: tal fué el origen de *El Genio del Cristianismo*.

Dije en el primer prefacio de esta obra que mi madre, después de haber sido arrojada a los setenta y dos años en los calabozos, donde vió perecer una parte de sus hijos, murió sobre una mala cama, que la habían ofrecido sus desgracias. La memoria de mis extravíos derramó sobre sus últimos días un verdadero pesar; ella encargó al morir, a una de mis hermanas, que me atrajera a la religión, en la cual había sido educado. Mi hermana me anunció el último voto de mi madre. Cuando la carta llegó a mi poder, después de atravesar el mar, mi hermana misma ya no existía; ella también había muerto por consecuencia de su prisión. Aquellas dos voces que salían de la tumba; esta muerte que servía de intérprete a la muerte, me conmovieron. Me he hecho cristiano. Puedo afirmar que no he cedido a grandes luces sobrenaturales; mi convicción ha nacido en el corazón; he llorado y he creído.

Yo me exageraba mi falta: el *Ensayo* no era un libro impío; era un libro de duda y de dolor. Al través de las tinieblas de esta obra, se descubre el rayo de luz cristiana que brilló sobre mi cuna. No era necesario un gran esfuerzo para volver del escepticismo del *Ensayo* a la certeza de *El Genio del Cristianismo*.

Cuando después de la muerte de la se-

ñora de Chateaubriand me decidí a cambiar súbitamente de camino, el título de *Genio del Cristianismo* que encontré al instante, me inspiró; me puse a trabajar, con el ardor de un hijo que levanta un mausoleo a su madre. Mis materiales estaban preparados desde hacía mucho por mis precedentes estudios. Conocía las obras de los Santos Padres mejor que lo que se las conoce en nuestros días; las estudié para combatirlos, y había entrado en este camino con mala intención; y, en lugar de salir vencedor, salí vencido.

En cuanto a la historia, propiamente dicha, me había ocupado especialmente en ella al escribir el *Ensayo sobre las Revoluciones*. Las obras de Camden que acababa de examinar me habían hecho familiares las costumbres y las instituciones de la Edad Media.

Por último, mi terrible manuscrito de los *Natchez*, de dos mil trescientas noventa y tres páginas en folio, contenía todas cuantas descripciones de la naturaleza pudiera necesitar *El Genio del Cristianismo*; podía, pues, tomar ampliamente de esta fuente, como había tomado ya para el *Ensayo*.

Escribí la primera parte de *El Genio del Cristianismo*. Los señores Dulau, que se habían hecho editores del clero francés emigrado, se encargaron de la publicación.

La obra, comenzada en Londres en 1799, se terminó en París en 1802; podéis ver los diferentes prefacios de *El Genio del Cristianismo*. Una especie de fiebre me devoró durante el tiempo de mi composición; no es posible formarse una idea de lo que es llevar a la vez en su cabeza, en su sangre, en su alma, a *Atala* y *René*, y mezclar al alumbramiento doloroso de estos ardientes gemelos la tarea de concepción de las otras partes de *El Genio del Cristianismo*. El recuerdo de Carlota se mezclaba a todo esto, prestándole calor; y, para complemento, inflamaba mi imaginación exaltada el primer deseo de gloria. Este deseo tenía origen en la ternura filial; quería obtener un gran éxito, a fin de que subiera hasta la mansión de mi madre, y que los ángeles la llevaran mi santa expiación.

Mis días y mis noches se pasaban en leer, en escribir, en estudiar el hebreo con un sabio sacerdote, el abate Capelan, en consultar las bibliotecas y las personas instruidas, en vagar por las campiñas con mis tercas fantasías, en recibir y hacer visitas.